

XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2011.

La visión americanista de José Martí y José Enrique Rodó.

Marta Elena P. De Matsushita.

Cita:

Marta Elena P. De Matsushita (2011). *La visión americanista de José Martí y José Enrique Rodó. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/89>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MESA: 13

Historia e Historiografía de Cuba. De los movimientos antiesclavistas a la revolución hoy

Coordinadores: Adriana Rodríguez – Gustavo Guevara

La visión americanista de José Martí y José Enrique Rodó

Marta Elena P. De Matsushita

Universidad de Doshisha

Kioto, Japón

marta@mediacat.ne.jp

Autorizo la publicación del siguiente trabajo

INTRODUCCION

Dos de los grandes ensayos sobre la identidad americana, “Nuestra América” (1891) de Martí y “Ariel”(1900) de Rodó, nacieron a la luz del hecho histórico-político de la guerra de Cuba y sus resultados. Huelga mencionar las circunstancias por completo diferentes en que fueron producidos. El ensayo de Martí vio la luz cuando su autor se preparaba para integrarse a la lucha armada, conciente del peligro de que el dominio norteamericano reemplazara al español. Rodó publicó el suyo cuando la independencia se había consumado y, muerto ya Martí, una terrible ironía se había instalado: la independencia que el prócer había imaginado como el primer paso para impedir la expansión de la hegemonía norteamericana en las Antillas, había servido para abrirle las puertas.

De distinta índole es también el magisterio ejercido por los dos pensadores. El de

Martí fue ejercido póstumamente, “al amparo de su vida y su muerte como un héroe”(Henríquez Ureña,94), mientras Rodó influyó con la palabra escrita, sin pretender actuar ni ser recordado como un héroe. Sin embargo, la coincidencia en el tema de análisis y el mensaje crea un vínculo irrefutable entre ambos pensadores, que invita a analizar comparativamente su obra gestada en torno al concepto de Nuestra América, en el marco de la lucha contra el imperialismo norteamericano.

VIDAS DE COMPROMISO, EL MEDIO Y LAS IDEAS

Martí y Rodó aparecen unidos por una temprana vocación por las letras y la vida intelectual, especialmente el periodismo, puesta al servicio de sus ideales. Fue el de Martí un temperamento inquieto, revolucionario por esencia y contrastante con la mesura y el dejo de frialdad que caracterizaba la personalidad de Rodó. En Martí predominaba el hombre político, mientras Rodó fue un educador, filósofo y crítico literario cuya pluma no estuvo al servicio de causas revolucionarias. Ambos son difícilmente encasillables en una postura ideológico-filosófica clara por la variedad de influencias que experimentaron, aunque el liberalismo en uno y el positivismo en el otro fueron influencias predominantes. En Martí confluyeron casi todas las corrientes de pensamiento de su época y esto le da un rasgo de debilidad a su pensamiento social y político, en términos de coherencia. Esa falta de encasillamiento en cambio le daría una flexibilidad que puede servir para explicar su vigencia y actualidad. Rodó, por su parte, vivió en una época en la que la vida cultural latinoamericana era muy controversial y el pensamiento era más liberal que democrático, siendo dueño de una formación humanista sólida.

Sobre ambos pensadores abundan los estudios, pero mientras en los referentes a Martí no se encuentran voces críticas ya que el morir por su patria le dio estatura de “Apóstol”,

como se le llama, sobre Rodó los enfoques críticos abundan, desde los venidos de hispanistas como Juan Valera que le reprochan el minimizar lo español en la visión de la América Latina, hasta los dardos de la izquierda que repudian su idealismo, indiferencia por el problema social y en especial por el indio. Ambos pensadores se asemejan por ser parcialmente leídos y estudiados en base a un puñado de textos, y ambos murieron jóvenes, dejando en pie el interrogante de cuál habría sido la evolución posterior de su pensamiento. Sin embargo, por sobre todas las coincidencias, la que más los une es su mensaje de unión americana y la preocupación dominante, en su vida y en su obra, por descubrir y expresar una personalidad colectiva de las naciones americanas.

LINEAMIENTOS DEL PENSAMIENTO SOCIOPOLITICO

Martí es la figura que animó el ideal de una independencia absoluta y sin concesiones, opuesto por igual a la tesis anexionista como a la autonomista que se enfrentaban en Cuba. Las etapas del proceso eran primero una guerra breve y disciplinada, con un liderazgo claro con participación de todos los grupos sociales y sin odios injustificados hacia los españoles, y la segunda era visualizada como el establecimiento de una república democrática en Cuba, andamiaje montado en la creencia en la capacidad del pueblo cubano al que Martí consideraba culto y democrático.

La justificación esencial de la búsqueda de independencia está enmarcada en el humanismo de Martí, ya que, conforme a sus ideas el esfuerzo revolucionario debía crear una patria “con libertad de pensamiento, equidad y paz en el trabajo”(Martí, O.C.t.4,100). El pensamiento revolucionario de Martí esboza conceptos democráticos, como aquél de que el pueblo, al que calificaba de “masa dolorida”, es el verdadero jefe de las revoluciones, de donde se deducía que los círculos educados debían actuar siempre como

intérpretes de la voluntad popular y respetando cuando el pueblo hace una opción revolucionaria, en cuyo caso deben “estudiarla y dirigirla” (Martí, ob.cit., 195). Cuba debía aprender el ejemplo de las restantes revoluciones americanas, en las cuales las élites dirigentes sin poder superar su mentalidad aristocrática había dedicado sus esfuerzos a la importación de modelos extranjeros que, inadecuados a las condiciones locales, generaron rechazo y finalmente tiranías.

Martí expresó siempre ideas sociales igualitarias basadas en un profundo humanismo, que puesto en el plano de la reflexión social y política se convierte en un “humanismo combativo” (Laviana Cuetos, 99) encaminado a luchar contra todo lo que atente contra la libertad y la dignidad, entendidas como patrimonio de todos los hombres. Ese igualitarismo se expresa también en un profundo rechazo de todo racismo y en la decidida afirmación del alto valor del hombre de color cubano. En ese discurso martiniano, el movimiento revolucionario tenía como misión destruir la injusticia racial consagrada por el dominio colonial. El realismo que había en Martí le permitía ver el peligro de que se desatara en Cuba una guerra de clases y razas, ya que la propaganda antiindependentista alimentaba los temores de que el movimiento revolucionario se convirtiera en un torrente de odio generado por el pasado de esclavitud. Por origen y sensibilidad Martí estaba más cerca de los desposeídos que de los hombres de fortuna, pero siempre se negó a ver la revolución como un movimiento sólo en favor de los humildes y antes bien, con su lema “Con todos y para el bien de todos” se alejó de posiciones socialistas y se negó a las definiciones políticas en términos de clase. Con esa posición Martí procuraba minimizar las resistencias y lograr un amplio apoyo a la iniciativa revolucionaria.

Martí alimentó el idea de una república con libertad para todas las clases y razas, pero

habría que preguntarse si esas ideas de fraternidad, armonía social y negación de planteos en términos de clases constituían verdaderamente un programa social revolucionario para Cuba. No estuvo ausente de su pensamiento la idea de una más justa distribución de la riqueza, ya que afirmaba que la acumulación más allá de lo que el trabajo honrado puede generar es un atentado a la libertad y un germen de violencia social, pero el tema de la guerra, a lo que debe añadirse su corta y ajetreada vida, quizás le negaron el tiempo y la tranquilidad necesarios para elaborar más ese concepto, hasta convertirlo en un programa social y político de la Cuba independiente.

Pese a ello, el pensamiento de Martí se convirtió en una matriz de la praxis revolucionaria cubana, siendo reivindicables para el marxismo no sólo las referencias a una ética revolucionaria que apunta a formar un hombre nuevo, sino también sus ideas de que la democracia no sólo se da en las condiciones políticas sino también en la desaparición de las desigualdades socioeconómicas. Lo que hubo por sobre todo, y quizás es lo más rescatable de su pensamiento, es una estrategia para la liberación de Cuba acompañada por un elemento que consideró esencial: la unión americana.

Rodó por su parte, participó en la lucha política uruguaya como miembro del Partido liberal, el Colorado, con una actitud moralista en la política que le ponía contra el caudillismo y la corrupción. Repudió siempre el uso de la fuerza lo cual lo aleja de toda posición revolucionaria, e hizo de la pluma una herramienta de lucha con lo cual se convirtió, casi sin quererlo, “ en lo que hoy se denominaría un escritor comprometido” (Benedetti, 36). Comparado con Martí, no se puso al frente de ninguna gran empresa política ni formuló en forma orgánica su pensamiento político, desde el momento que su preocupación fundamental era filosófica y estética, siempre en torno al eje del culto a la personalidad y la renovación. Su análisis de lo político es sólo instrumental para apoyar el

razonamiento filosófico, y en tal aspecto puede encontrarse una oposición fundamental entre su pensamiento y el marxismo, pues mientras éste propone una restructuración de la sociedad para llegar al mejoramiento del individuo, Rodó habría buscado “reformular al individuo con el objetivo determinado de mejorar la sociedad”(Gómez Gil, 71).

Rodó actuó preocupado por la necesidad de remover los obstáculos que se oponen al desarrollo integral del ser humano, lo cual conduce a una multiplicidad de planos críticos, entre ellos la democracia entendida como imperio del número o la igualdad presentada como una nivelación aplastante. A la hora de trazar un paralelo entre Rodó y Martí surge inevitablemente el tema de la democracia y en particular el de la igualdad.

Mucho se ha escrito sobre la escasa simpatía del autor de “Ariel” por la democracia y el papel de las masas, lo cual, combinado con su adhesión hacia la teoría de los grandes hombres, lo alejaría de Martí. Sin embargo, ambos pensadores valoraron la libertad política y Rodó destinó muchas páginas al tema de la libertad tanto personal como política. En el primer sentido era entendida como ausencia de toda coacción que impidiera ejercer el juicio propio, y entre ellas aparecía no sólo el dogmatismo religioso sino también toda forma de tiranía. Sin embargo, y como lo decía en carta a Montalvo, Rodó siempre pensó en la libertad desde el punto de vista de “una inteligencia prendida a un orden”, y se negó a ver como componente de la libertad la igualdad nivelatoria.

Pese a la escasa simpatía por la democracia en nombre de una “aristocracia del espíritu”, Rodó era lo suficientemente realista como para aceptar la irreversibilidad del hecho democrático, lo que no le impedía afirmar la necesidad de un liderazgo basado en el mérito, sin lo cual la democracia hace de las masas no un instrumento de civilización sino de barbarie. A la lista de defectos del sistema democrático agregaba el materialismo y la mediocridad, pero exhibió también una preocupación por alejar resquemores acerca de

su posición, afirmando que los defectos de la democracia eran una contingencia histórica, imputables a su condición de régimen no acabado, en proceso de evolución y de depuración de sus falsas ideas sobre la igualdad.

En torno al problema social no hay en los escritos de Rodó una preocupación de contenido social intenso, aunque su sensibilidad le permitía ver los problemas de la clase obrera, como lo ponen en evidencia escritos posteriores en los que afirmaba el derecho de los trabajadores a sindicalizarse y defender sus derechos, poniendo sin embargo en claro su separación de posiciones socialistas. Lo que más temía Rodó era un enfrentamiento de clases por lo que insistía que tanto el capital como el trabajo debían ceder en sus posiciones para lograr la armonía social. Vitier ha señalado que el informe de Rodó “El trabajo obrero en el Uruguay” es una “profilaxis social”, por estar a favor de medidas que impiden el estallido de una lucha de clases (Vitier, 134). Rodó fue claro en su respeto por el trabajo, llegando a equiparar el trabajo manual con el intelectual, estando en el orden político siempre a favor de que las masas trabajadoras estuvieran debidamente representadas, pero esa preocupación social se expresó siempre en un marco de equilibrio. Es interesante observar que Rodó cuestionaba las interpretaciones estrechas de la legislación laboral, destinada a proteger, según su manera de entenderla, no sólo los derechos de los obreros sino también el interés social. Ello se explica por su convicción de que el orden y la paz social jamás podrán surgir de tener en cuenta unilateralmente los derechos de una cierta clase social, sin respetar los derechos igualmente legítimos de las demás. No se encuentran en Rodó afirmaciones del tono de las de Martí, negando la existencia de clases sociales o sosteniendo explícitamente ideas de igualdad racial. Ese silencio puede ser atribuido al distinto contexto social, a su intenso europeísmo y a las huellas que dejó en él su temprana formación en el positivismo.

LA REFLEXION AMERICANA, IDENTIDAD Y UNIDAD DE AMERICA LATINA

Tanto el nombre de Martí como el de Rodó están indisolublemente unidos a la reflexión sobre el ser de América Latina y su convicción de que países que comparten un pasado, viven similares problemas en el presente y alimentan desde su independencia un sueño común proyectado hacia el futuro, deben aspirar a la unión. Para el caso de Martí, la centralidad del tema de la identidad y la unión latinoamericana es de claridad meridiana en sus ensayos “Madre América” y “Nuestra América”, los que evidencian que su nacionalismo cubano nunca fue estrecho, sino que se insertó en el marco más amplio de un conjunto de países que configuran un todo histórico, y es sin duda esa preocupación martiniana lo que, por sobre todo lo demás, le da unidad y sentido a su labor de ensayista.

Martí acuñó un nuevo término, “Nuestra América”, que empezó a usar en Guatemala y lo hizo hasta el final de sus días, evitando el uso de “Hispanoamérica” que tenía connotaciones coloniales. Martí conocía bien que esa expresión fue usada por primera vez en los textos de Baine, Secretario de Estado norteamericano, pero se apoderó de ella para contraponerla a EEUU, con una voluntad expresa de dar batalla al imperialismo, pues en boca de Martí “Nuestra América” connotaba pertenencia, conciencia de una comunidad espiritual y también la necesidad de perfeccionar la unión en el futuro. Por lo tanto, se la puede interpretar no tanto como un concepto de panhispanismo sino de unión de los débiles que aspiran a un desarrollo autónomo, en un marco de justicia de las relaciones internacionales, de donde resulta “un concepto liberador y anticolonial”(Riquarte Soler, 91). De decisiva influencia en la formación del concepto de “Nuestra América” fueron sus viajes por países americanos y las experiencias vividas en ellos, hasta que finalmente su vida en EEUU le dio los trazos definitivos a la idea de una

identidad colectiva.

Martí concibió a América Latina como un todo diferenciado de España, aunque nunca hubo en él un antihispanismo acrítico, aceptando sin reticencias que “Nuestra América” llevaría inevitablemente el sello de la civilización conquistadora. Como Alejo Carpentier lo señaló, “su combate fue contra el poder colonizador y nada más “(Carpentier, 142). Martí enfatizaba la incompatibilidad de carácter nacional por sus raíces diversas y sus distintos grados de desarrollo, entre España y América Latina, de donde su llamado a la independencia se fundaba en una teoría de identidad cultural cubana y por extensión, latinoamericana. Nuestra América es entendida por Martí como un pueblo mestizo que en su lucha por la libertad va construyendo su identidad, con la presencia relevante del elemento indígena, al que consideraba por esencia distinto al europeo pero dotado de nobles ambiciones, capaz de resurgir de la postración en la que se encontraba. La aceptación del legado indígena como positivo y el reconocimiento del derecho de esa cultura a ser escuchada, es el elemento clave en la definición de la identidad latinoamericana, aunque no se encuentren en Martí las posiciones indigenistas que desarrolló el indigenismo socialista y marxista más tarde. Martí no llevó hasta sus últimas consecuencias esas ideas, como habría sido el propiciar el alzamiento violento del indio contra el blanco que lo privaba de su libertad y su dignidad, y quizás una de las razones que lo detuvieron fue el miedo al fantasma de una guerra de castas y clases.

Movido por su antirracismo, fue crítico de un proceso civilizador que avasalló otros grupos étnicos, y aunque admitía que América no era tan rica en elementos civilizadores como Europa, atribuía las carencias a la juventud de las naciones y los defectos de la educación, pero jamás al factor racial. Las críticas al proceso civilizatorio occidental se alimentan en la idea de que la libertad es un bien inherente a la dignidad humana y

ningún pueblo puede ser privado de ella, de donde la guerra contra la opresión es justa. América no entró en la historia por la conquista europea, sino por lo que sus habitantes hicieron para destruir el resultado de la conquista, con lo cual Martí define el protagonismo histórico latinoamericano en términos de su lucha por la libertad política y la reforma de un sistema sociocultural definido por la presencia de grupos dominantes y dominados. La negación del “otro” es para Martí una alienación cultural y también una negación de la viabilidad de un proyecto nacional. En oposición frontal con las ideas de Sarmiento, veía las posibilidades de realización de un destino nacional y también continental, en el establecimiento de relaciones de armonía y respeto hacia el indio, y no de eliminación. Fue duro crítico del etnocentrismo de los líderes criollos después de la independencia, nacido de un desdén hacia el indio que impidió la consolidación de un proyecto nacional, provocando la ruptura de un pacto interétnico de carácter implícito, indispensable a la existencia como país.

El primer paso era el conocimiento de la cultura indígena en forma de conocer y valorar ese pasado, por lo cual “la historia de los Incas debe enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra”(Martí, O.C, t.6, 18). Abundan en las páginas martinianas juicios positivos sobre las razas americanas en términos de libertad, democracia y conocimientos, que debían ser incorporados a la nueva identidad latinoamericana, fruto de la unión de dos culturas. Surge la imagen de una América auténtica contra la exótica de las élites, protagonizada por lo que Martí llamó, sin definir con exactitud, el “hombre natural”, que es una suerte de resultante armónica de los diversos elementos populares, incluyendo al indio, al negro y al campesino. La lucha americana no fue entre la barbarie americana y la civilización europea, como se había pretendido presentarla, sino entre élites poseedoras de una falsa

erudición y un “hombre natural”, con su carácter, su cultura y sus necesidades incomprendidas.

Martí apostaba al futuro de un crisol de razas del que saldría una civilización y un pensamiento nuevos, pero su optimismo a veces se resiente de matices amargos, ya que en algunos escritos privados se refiere a veces a una “America enferma”, contra la “robusta y “fabulosa” que aparece en otras páginas, lenguaje que por otra parte delata algunas tempranas influencias positivistas en su pensamiento

Las vallas para impedir que la propia personalidad cultural se exprese y se realice han afectado a todos los países americanos, hecho que determina la necesidad de encontrar, mediante la unión, una estrategia continental. En Martí el tema de la identidad latinoamericana está tejido en la malla del sueño de unión, y siempre sostuvo la idea de América Latina como un proyecto continental viable, planteando en dos dimensiones el tema de la unidad: una ideal y otra en forma de un proyecto político. En el primer plano se buscaba que el continente realizara un nuevo orden social, de contenido ético, que asegurara la justicia social, y en lo político era una invitación a resolver los problemas desde una perspectiva americana, adaptando las ideas universales a la propia realidad para luego insertarse en el mundo. Martí era plenamente consciente de las dificultades para la unión con la que soñaba, que incluía la diversidad, pero suponía que necesariamente se debía trabajar por ella, en especial como una respuesta al imperialismo norteamericano. El pensador cubano comprendía como nadie que después del Congreso de Washington se abría una encrucijada para América Latina, y es desde esa perspectiva que debe comprenderse su mensaje por la descolonización mental, rechazando tanto el aislamiento como la imitación, fortaleciendo una personalidad colectiva para restablecer un equilibrio de fuerzas con una cultura, la del norte, movida por carácter e intereses por

completo opuestos a los de Nuestra América.

Aunque como en Martí, en Rodó la reflexión americana tiene indudable centralidad, los juicios acerca del peso de las reflexiones del pensador uruguayo sobre este tema no son coincidentes. Mientras para algunos el aporte de Rodó habría sido decisivo, por ser “la voz que más se ha hecho sentir en cuanto a conciencia de la común raíz de los pueblos americanos”(Benedetti, 85), para otros Rodó se preocupó por la vertiente universal, la de un ideal de vida de alto contenido espiritual, las superioridades morales y el repudio de la corriente utilitaria, de donde su discurso “podría haberse dicho en cualquier lugar del mundo, si se suprimen los párrafos sobre la pujanza norteamericana” (Vitier, 126).

A diferencia de Martí, Rodó no viajó por América y la referencia a los países y sus realidades son escasas, lo cual no significa disminuir la importancia de su aporte a la definición de la identidad latinoamericana. A esa unidad se refirió en ocasiones como “Hispanoamérica”, y al hombre de estas regiones como “americanos latinos”, viendo a esa unidad como “una grande e imperecedera unidad”(Rodó, O.C, 513). La reflexión se encuadra en un amplio marco filosófico, de enfrentamiento entre la corriente utilitaria y la idealista, a la cual pertenece América Latina, la cual ha hecho importantes aportes en el pensamiento y el arte. Mucho se ha hablado del excesivo europeísmo de Rodó al reflexionar sobre la identidad latinoamericana, y no poco sobre su confesada francofilia que oscurecía inevitablemente el componente español. Uno de los reproches más duros vino de Juan Valera, quien le culpó del “olvido de la antigua madre patria, de la casta y de la civilización de la que procede América, y que ahora se empeñan en llamar latina”(Valera, O.C t.I, 182). La lectura de los textos de Rodó evidencia la injusticia de esas apreciaciones, pues afirmaba que la definición de una identidad cultural no implicaría la destrucción del vínculo con España, al que califica de indestructible, y que

entre otras cosas, se expresaba en lo que Rodó consideraba vital: la persistencia de un idioma común. Rodó por ejemplo del Centenario de la independencia habló de la América Española, expresión que Martí habría eludido, y llamó “hispanoamericana” a la revolución, atribuyendo al movimiento de independencia la intención de crear una “perenne armonía entre pueblos vinculados por la comunidad de origen”(Rodó,O.C, 735).

En las reflexiones sobre la personalidad de América Latina Rodó enfatiza el elemento europeo y no encontramos valoraciones del indígena, marcando con ello una diferencia significativa con Martí. Está ausente todo intento de definir una América mestiza, ausencia que explica la escasa simpatía y las abundantes críticas hacia Rodó por parte de los simpatizantes del indigenismo. Sin embargo, como en Martí, en Rodó fue dominante la preocupación por la unidad americana, concebida no como “un vago sentido de amistosa concordia o de una alianza dirigida a sostener el hecho de la emancipación, sino el concreto y positivo de una organización que levantase a común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinos”(Ibid., 518) La conciencia colectiva era todavía algo por lograrse, pero Rodó mantuvo siempre su optimismo de poder conseguirla algún día, a condición de que se superaran el patriotismo convencional y los recelos, y la gente asumiera el concepto de una patria grande y única, la patria americana.

Cuando Rodó habla de unidad latinoamericana enfatiza los conceptos “moral “ e “intelectual”, pero una lectura de su “Magna Patria”, incluida en el Mirador de Próspero, sugiere una proyección hacia la unidad política. Admite que esa meta será obra de las futuras generaciones, pero la experiencia Italiana, donde la unidad espiritual existente fue completada con la acción de Garibaldi y el magisterio intelectual de Mazzini,

conduciendo finalmente a la unidad política. La necesidad proclamada por Rodó de definir una personalidad colectiva se encuadra en el esquema filosófico del respeto hacia uno mismo, emergente de la existencia de un modo de ser propio, siempre en proceso de cambio, y que repudia las imitaciones. En especial, su pensamiento estaba contra la imitación acrítica de la cultura norteamericana, a la que llamó “nordomanía”, en tanto la definición de la personalidad latinoamericana era vista como afirmación de los elementos espirituales propios de la cultura latina. A partir de esa afirmación, se desarrolla un planteo mesiánico ya que Rodó atribuye a la cultura latina la misión de salvar al mundo del materialismo en el que ha caído, pero el análisis de los rasgos caracterizantes de la personalidad colectiva es en definitiva magro en comparación con el detallado análisis que hace de la cultura norteamericana, en oposición a cuyos intereses y caracteres Martí y Rodó reflexionaron sobre Nuestra América

LA PRESENCIA DEL OTRO Y LA AMENAZA IMPERIALISTA

Tanto en el caso de Martí como en el de Rodó el análisis de EEUU y la preocupación por sus intenciones hacia Latinoamérica son la parte más divulgada de su obra, a veces contra la intención misma del autor. En ambos, la definición de América Latina viene planteada en términos antagónicos con el país del norte, pero Martí no se limitó a puntualizar diferencias esenciales en términos de cultura y mentalidad, suficientes para explicar las difíciles relaciones, sino que percibió la necesidad de conocer y comprender, limitando los celos y prejuicios en beneficio mutuo. Algunos autores norteamericanos reconocen ese aporte, como Lewis, quien afirmó “he was almost the very first to do this (thinkers and leaders have had to come to some sort of terms with the North American Power) and he undertook the task seriously” (Lewis, 297).

El luchador cubano pasó buena parte de su vida en EEUU y su ensayo más conocido, “Nuestra América” no es sino la ampliación de su discurso pronunciado en EEUU el 10 de diciembre de 1889, en honor a los delegados a la Conferencia Internacional de Washington. Dar a conocer a los EEUU, señalar con objetividad sus méritos y defectos fue una tarea permanente de su pluma, y dentro de ese propósito reconoció que el motor de la vida norteamericana era un profundo deseo de realización personal que obraba en el marco de la libertad política y social, sin las barreras de clases sociales que limitaban al hombre y sus posibilidades en América Latina. Igualmente, admiró siempre el valor que la sociedad norteamericana atribuía a la inteligencia, el esfuerzo individual y la dedicación al trabajo. Un juicio igualmente positivo recibía el carácter democrático de la vida social y política, aunque advertía, y de allí hacía nacer el peligro para América Latina, que la democracia norteamericana había entrado en su faz “capitalista”, caracterizada por los estrechos vínculos entre la política y el mundo de los negocios, rasgo éste capaz de hacer peligrar los principios de las instituciones democráticas.

A la hora de reflexionar sobre los defectos, Martí repudiaba la arrogancia cultural de los EEUU, que llevaba a despreciar lo distinto e imponer en el mundo su estilo de vida, aún por la fuerza. Idéntico repudio le merecía el etnocentrismo norteamericano, por el cual se llega a pensar que la libertad, elemento esencial de la dignidad humana, era un privilegio de ese país. En Martí aflora una temprana percepción de la relación hegemónica con una tensión entre centralidad y marginalidad, que se da no sólo entre las naciones sino también en el interior de cada país, en formas de imposición de pautas culturales y políticas de las élites a las masas. En este aspecto, se acerca al análisis que más tarde hizo la izquierda latinoamericana, para esclarecer las situaciones de colonialismo interno y externo y sus relaciones mutuas. No menos crítico se mostraba

Martí hacia la teoría de la necesidad, o “derecho bárbaro”, según sus palabras, que invocaban los EEUU frente al mundo. Comprendía perfectamente la ambición norteamericana en esa hora de su desarrollo, cuando llegaba al “fin de la frontera” y el país explicaba la crisis del sistema capitalista como una crisis de espacio que se remediaría mediante la expansión fuera de sus fronteras. A los fines de esa expansión, instrumenta una fórmula, supuestamente perfecta, de instituciones republicanas y federales, que se vuelve especialmente peligrosa para América Latina. Martí estaba movido por una conciencia de la inminencia y magnitud de la amenaza norteamericana, “superior a ningún otro pensador latinoamericano de su momento”(Tatiana Coll, 15).

La denuncia antiimperialista se ubica en un momento histórico concreto, marcado por el renacimiento del proyecto monroísta y concretado en el Primer Congreso Panamericano de Washington. La invitación por parte de EEUU a los países latinoamericanos a participar en esa reunión continental era a juicio de Martí tan delicada como para afirmar que “jamás hubo en América, desde la independencia hasta acá, un asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia”. Los planes le parecían dictados por los intereses de las industrias norteamericanas que necesitaban ubicar su producción, y no menos por el interés de los políticos deseosos de satisfacer el sueño americano del destino manifiesto para ganar votos. Una convocatoria aparentemente amistosa e inofensiva debía ser entendida sin embargo en el marco de varios intentos de EEUU de apoderarse del destino latinoamericano, y Martí estaba seguro que la supuesta unión comercial y monetaria que se presentaba como el objetivo, se constituiría en una alianza innecesaria con un pueblo cuyos intereses eran por completo ajenos, con el riesgo implícito de generar un enfrentamiento con Europa. Comentando sobre la proyecta unión monetaria, hablaba de un cóndor y un cordero que se unen,

aludiendo a las disparidad de fuerzas que terminaría por volcar la unión a favor de EEUU. Nada podía hacer pensar que los EEUU buscaran una relación fraternal e igualitaria con los países latinoamericanos, que debían dudar de la apariencia meramente económica de la convocatoria, conscientes de que “quien dice unión económica, dice unión política”(Martí, OC. T. 4, 159).

Lo que América Latina debe hacer es consolidar su propia unión para frenar las ambiciones norteamericanas, y Martí creía ver un saldo positivo en el congreso en el sentido de que las naciones latinoamericanas habían tenido oportunidad de comprender las verdaderas intenciones del vecino del norte y de tomar conciencia de la necesidad de actuar coordinadamente para enfrentarlo.

El pensamiento marxista cubano no ha podido menos que apreciar el antiimperialismo martiniano, aunque la deuda reconocida no se detiene en ese aspecto, sino que se refiere también a la creencia en la necesidad de una reforma social, su profundo igualitarismo y su visión de una América Latina” como laboratorio de la futura sociedad universal”(Mella, 11). Raúl Roa también ponderaba el embanderamiento de Martí con los humildes, y elogiaba su concepción revolucionaria que superó los estrechos límites de la independencia nacional para ubicarse en un contexto latinoamericano, lo cual tendría el mérito de “haber planteado la revolución de la independencia nacional sobre bases que viabilizaran su ulterior desarrollo”(Roa, 23). Carlos Rafael Rodríguez pondera en Martí el haber señalado las pautas de lo que la futura revolución latinoamericana debía ser: una unión de todas las fuerzas de potencialidad revolucionaria en América Latina contra el enemigo común, el imperialismo norteamericano (Rodríguez, 79). Rodríguez atribuye a Martí el mérito de haber descubierto el rostro del nuevo imperialismo, que se impone por las armas económicas. Hart Dávalos ha recogido

también el tema de la herencia martiana en las posturas antiimperialistas de la revolución y le atribuye el mérito del visionario al decir que Martí denunció el peligro en el momento mismo de su gestación (Davalos, 114). Otra de las voces del marxismo cubano, Juan Marinello, también atribuye a la inspiración martiniana la visión que la Revolución Cubana ha mantenido en política internacional, rechazando toda dominación imperialista (Marinello, 150).

El énfasis en los aspectos antiimperialistas también caracteriza a Rodó, con la importante diferencia, ya señalada, que no es invocado el imperialismo en favor de posiciones revolucionarias. No hay acuerdo en cuanto a la valoración de las ideas de Rodó sobre EEUU y sus pretensiones de dominio, y de hecho en el total de la obra del pensador uruguayo, lo dedicado al tema es una ínfima parte ya que de las seis partes en que se divide el “Ariel”, su ensayo más leído, una sola se dedica al tema. Es interesante que esa parte sea la más leída y comentada, cuando en realidad muchos críticos y estudiosos de Rodó ponen en duda su relieve.

Zum Felde destaca que el antiimperialismo de Rodó debe ser entendido en el momento histórico que se formuló, pues en 1900 el yanqui era sólo un problema intelectual y por lo tanto las armas críticas que esgrime Rodó, dentro de un planteo de enfrentamiento entre espiritualismo y materialismo, son ineficaces para enfrentar la realidad del dominio económico por parte de EEUU, concretado unas décadas después (Zum Felde, 138). Anderson Imbert lamenta también que muchos lectores de Rodó hayan esquematizado el mensaje como un enfrentamiento entre la América Latina y la sajona, y sostiene que el tema de los EEUU “es sólo un accidente, una ilustración de una tesis sobre el espíritu”(Anderson Imbert, 439). Ciertamente las palabras de Rodó en el sentido de que “sólo de una manera accidental se hará en el libro un juicio de la civilización

norteamericana, tratándose de caracterizar en ella lo que puede y debe servir de modelo, y lo que no debe ser objeto de imitación “(cit.en Gómez Gil, 556), evidencian dos hechos: que las páginas sobre EEUU sólo tienen validez en el marco más amplio y filosófico sobre un cierto ideal de vida personal y social, y que no corresponden a una actitud antinorteamericana acrítica.

A diferencia de Martí, Rodó no conocía personalmente a EEUU y su conocimiento era superficial. Como Martí, acudió a la mitología para identificar al país del norte en la figura de Calibán, y de la misma manera que el cubano, en la búsqueda de la identidad recurrió al estudio de la “alteralidad”, el definir al “otro” para encontrarse a sí mismo. La figura de Calibán atrajo a más de un pensador latinoamericano, rescatado del perfil básico que tenía en la tradición europea de hombre de costumbres bestiales, para ser objeto de diversas interpretaciones. Lo que se destaca es la oposición entre materialidad y espiritualidad, que había atraído fuertemente al mentor de Rodó, Renán, y en tal sentido el Calibán latinoamericano sería “resultado no de una reinterpretación de la fuente directa, Shakespeare, sino de una fuente indirecta, la adaptación hecha por Renán” (Weinberg, 27). Rubén Darío identificó a Calibán con la civilización norteamericana y de la misma manera Rodó lo vio como lo material, el dominio de los bajos instintos, por oposición a la espiritualidad propia del existir humano, simbolizada por Ariel.

Una primera interpretación sugiere que Calibán representa la civilización materialista norteamericana contra el espíritu latino encarnado por Ariel, pero estudios posteriores han sugerido otra lectura, la cual permitiría ver a Ariel como representante del espíritu de la clase media ilustrada latinoamericana, mientras Calibán aparecería expresando a los sectores sociales que representan una amenaza, no necesariamente externa, a la espiritualidad latina: las masas populares, especialmente los inmigrantes que por su

fuerza aluvional fueron denunciados por Rodó como “un peligro que ahoga bajo la fuerza del número toda noción de calidad”(Rodó, O.C. 199).

Rodó difiere de Martí no sólo por el grado de conocimiento respecto de los EEUU, sino también porque no tuvo el propósito de dar a conocer a los latinoamericanos la vida del norte, como medio de acabar con los prejuicios que dificultaban las relaciones armónicas, propósito que fue central en Martí. Rodó veía el utilitarismo como una tendencia generalizada del mundo moderno, resultado del avance científico y la democracia, y si bien EEUU como representante de una civilización democrática y utilitaria era objeto de las críticas de Rodó, el pensador siempre admitió que el progreso material era condición que posibilitaba el desarrollo de la cultura espiritual elevada. Larga es la lista de los méritos que Rodó veía en el país del norte, como el haber convertido en realidad lo que para otros países era un ideal inalcanzable, la libertad social y política, la dignificación del trabajo, la conciliación del respeto por lo individual y las tendencias sociales, el optimismo con que el norteamericano veía a su país y el resultado nada despreciable de haber mejorado la vida no sólo de su pueblo sino de toda la humanidad.

Lo que alarmaba a Rodó era el tema de la “conquista moral” de América Latina y cuyo caldo de cultivo era la “nordomanía” que padecían los países latinoamericanos, en particular las clases dirigentes. Rodó no temía una conquista violenta y ni siquiera denunciaba los peligros de la dominación económica que Martí había percibido, lo cual explica las críticas que se le han formulado acerca de su incomprensión de la verdadera índole del fenómeno imperialista. Su preocupación esencial era la pérdida de las reservas de autodefensa de los propios latinoamericanos, y el hecho de que a veces se propusiera una deslatinización para lograr el progreso. Este concepto alude a un fenómeno distinto

de los “sietemesinos” que denunciaba Martí, hombres voluntariamente aliados al imperialismo en provecho propio, pues para Rodó, en cambio, se trataba de gente que creía honestamente que imitar a los EeUU era el camino para conseguir la grandeza del país.

La gran carencia del país del norte estaba en la ausencia de un objetivo espiritual elevado que diera sentido a los grandes progresos materiales que la civilización había arrojado allí. Rodó les atribuía a los norteamericanos falta de sensibilidad artística y una marcada indiferencia frente a toda actividad intelectual que no desembocara en resultados prácticos inmediatos. Esa tendencia materialista se hacía presente también en la vida social y política, en forma de una democracia animada por una fuerte tendencia a convertirse en plutocracia. La visión del pensador uruguayo, sin embargo, es atemperada pues no propicia una supresión de esas características de las que se muestra crítico, sino que aspira a que se establezca un equilibrio en el mundo, asegurado por la presencia de dos polos, dos culturas de carácter y fines disímiles, sin que ese enfrentamiento se resuelva en una imitación unilateral.

Rodó siempre expresó su pesimismo hacia el futuro de toda civilización, tanto antigua como moderna, que no incluyera en sus planes una superación de los objetivos puramente materiales. Lo más reprobable parecía ser la aspiración norteamericana de imponer al mundo entero su cultura, animada por un espíritu de rivalidad con Europa que hería el europeísmo del pensador, quien a la hora de pesar influencias concluía que “3000 años de civilización europea no pueden equipararse a la fórmula Washington más Edison”(Ibid., 219). La amenaza que implicaba la aspiración norteamericana se hacía sentir particularmente para América Latina, teniendo en cuenta lo que Rodó llamaba “las enormes desproporciones del carácter norteamericano” y la violencias que mostraba su

historia, con lo cual se refería en particular a los hechos del Caribe.

La lectura de las ideas de Rodó acerca de los EEUU se ha visto afectada por el esfuerzo hecho en favor de una lectura sociopolítica de su obra, cuyo mensaje principal sin embargo está centrado en una postura filosófica espiritualista, de la cual las ideas sobre la cultura materialista norteamericano son sólo un corolario. La reflexión fue sin embargo de gran valor en un momento en el cual los latinoamericanos se debatían entre un confuso sentimiento de alegría, por una parte, generado por la independencia de Cuba y por la otra, los fuertes sentimientos de temor y pesimismo, ya que los hechos que siguieron a la independencia parecían confirmar la tesis de la superioridad sajona frente a la cultura latina. Fue el de Rodó un mensaje de confianza en lo propio y de sentido de una misión en el mundo, especialmente significativo si se piensa que se dirigía específicamente a la juventud del continente.

CONCLUSIONES

Martí y Rodó son dos voces americanas que pusieron fin a un largo período de pesimismo, alimentado desde los círculos intelectuales y políticos, sobre la cultura heredada por los países latinoamericanos, su idiosincracia y sus posibilidades de desarrollo para el futuro. Para destruir ese pesimismo, invitaron a un estudiarse a sí mismo y no sólo conocerse, sino darse a conocer en el mundo y para lograrlo, a buscar coincidencias entre los países americanos, definiendo una unidad sugerida por elementos culturales y sociales. La coyuntura histórico-política en que esas voces se hicieron sentir

no podía ser más apropiada, si se tiene en cuenta aquello de que lo esencial para el estudio de la identidad es una definición de “alteralidad”, a través de un estudio del “otro” (Bartra,192).

En la época de Martí y Rodó el “otro” era definitivamente los EEUU, un país cuya trayectoria después de su independencia había invitado a la reflexión, muchas veces teñida de pesimismo, de los pensadores latinoamericanos del siglo XIX, y que también había despertado justificados temores en cuanto a sus intenciones, desde la época de Bolívar. A fines del siglo EEUU no eran una amenaza supuesta: ciertamente la presencia del país del norte se daba con perfiles tan nítidos como para hacer ver a Martí que lo que el futuro inmediato podía deparar a Cuba era pasar de ser una colonia española a convertirse en una colonia norteamericana. De allí el urgente llamado, tanto de Martí como de Rodó, a definir una identidad latinoamericana y trabajar con urgencia la unidad para hacer frente al imperialismo y en tal sentido, corre pareja la valoración de ambos pensadores. Sin embargo, Martí parece imponerse sobre Rodó por la actualidad de su pensamiento y una percepción que permite invocar su nombre y sus ideas a muchos que reflexionan sobre la problemas latinoamericanos del presente.

En primer término, la mayor proyección de Martí en comparación con Rodó se debe a que enfatizó el carácter mestizo de América Latina y vio el futuro de los países americanos en la afirmación de esas realidad, como también en la realización de un sistema social y político que garantizara la igualdad de las clases sociales y las razas, y haciéndolo, perfilara a América Latina como un mundo en el cual se consagraba la dignidad humana. Con esta postura, Martí sin duda dio las pautas para la reflexión actual del problema social y político latinoamericano, y también se convirtió en una fuente a ser citada por el pensamiento revolucionario latinoamericano a nivel continental. No menos

actual en Martí es su percepción del fenómeno imperialista norteamericano, como operando a través de las armas económicas, usando un lenguaje que pudo ser adoptado, sin resistencia alguna, por las posiciones antiimperialistas del siglo XX. En los aspectos señalados las limitaciones de Rodó son evidentes, aún cuando no se esté de acuerdo en las críticas que se le hacen de no haber ofrecido “ a la juventud americana, como ideal y como norma, más que un amable diletantismo intelectual”, según las palabras de Zum Felde (Zum Felde, 242). Esas limitaciones del pensador uruguayo surgen en el momento de definir la identidad latinoamericana, por su resistencia a incluir el factor indígena, y en la reflexión sobre lo político, dada sus reservas acerca de la democracia y sus temores al peso del número en la vida política, todo lo cual lo pone en difíciles términos con los problemas de la lucha por la justicia social. Quizás podamos concluir que lo que en el fondo da cuenta de las diferencias entre ambos pensadores es que en Martí se impone el hombre político, movido por una aguda percepción del entorno político y social, mientras en Rodó predomina el filósofo para quien la problemática sociopolítica concreta sólo viene a servir por la vía del ejemplo a las altas cuestiones filosóficas.

BIBLIOGRAFIA

I. Bibliografía sobre José Martí

Carpentier, Alejo, *Cuatro siglos de cultura cubana*, Letras cubanas, La Habana, 1987

Coll, Tatiana, “Nuestra América a 100 años: una identidad necesaria en José Martí”, en *Cien años de Nuestra América*, UNAM, México, 1993, pp. 111-118.

González Acosta, Alejandro, “En el centenario de Nuestra América y en la vista del V Centenario”, en *Ibid*, pp.93-100

Guevara, Ernesto, “José Martí”, en *Siete ensayos marxistas sobre José Martí*, Centro de Estudios Martianos, Editora Política, La Habana, 1985.

- Hart Dávalos, Armando, “Discurso de Dos Ríos”, en *Ibid.*, pp.114-134
- Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias de la América Hispánica*, F.C.E., México, 1949.
- Laviana Cuetos, María Luisa, *José Martí, la libertad de Cuba*, Biblioteca Iberoamericana, Anaya, Madrid, 1988.
- Lewis, Gordon K., *Main Currents in Caribbean Thought*, Hopkins University Press, Baltimore and London, 1983.
- Marivello, Juan, “El Partido Revolucionario Cubano, creación ejemplar de José Martí”, en *Siete ensayos marxistas sobre José Martí*, pp.135-153.
- Martí, José, *Obras Completas*, Editora Nacional, La Habana, 1963.
- Mella, Julio Antonio, “Glosas al pensamiento de Martí”, en *Siete ensayos marxistas sobre José Martí*, pp. 5-13.
- Ortiz, Ignacio, “El pensamiento latinoamericanista y universal de José Martí”, en “*A cien años de Nuestra América*, pp.31-80
- Roa, Raúl, “Rescate y proyección de Martí”, en *Siete ensayos marxistas sobre José Martí* pp.14-32
- Roca, Blas, “José Martí, revolucionario radical de su tiempo”, en *Siete ensayos marxistas sobre José Martí*, pp.32-64-
- Rodríguez Rafael, “José Martí, contemporáneo y compañero”, en *Ibid.*, pp.72-110
- Rodríguez, Pedro Pablo, “Nuestra América como programa revolucionario”, en *A cien años de Nuestra América*, p.81-92
- Santana, Adalberto, “A cien años de Nuestra América”, en *Ibid.*, pp.63-70
- Terrazas Basante, Teresa, “Nuestra América y la Otra América”, en *Ibid.*, pp.119-126.
- Weinberg, Gregorio, “Comunidad de destinos”, en *Cuadernos Americanos*,

México,n.21(1990).

Weinberg, Liliana, “Nuestra America en tres tiempos”, en *A cien años de Nuestra América*, pp. 25-38

II. Bibliografía sobre José Enrique Rodó

Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*. F.C.E., México, 1965.

Antología del pensamiento social y político de América Latina, Washington D.C., Unión Panamericana, 1964.

Ardao, Arturo, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, F.C.E., México, 1950

-----, *Rodó*, Biblioteca La Marcha, Montevideo, 1970.

Bartra, Roger, *El salvaje en el espejo*, UNAM-ERA, México, 1992.

Benedetti, Mario, *Genio y figura de José Enrique Rodó*, EUDEBA, Buenos Aires, 1966.

Cúneo, Dardo, “Un intento de análisis del Ariel de Rodó”, en *Cuadernos americanos*, n.2, 1970, pp.138-145

Gómez Gil, Orlando, *Mensaje y vigencia de José Enrique Rodó*, Ediciones Universal, Miami, 1992.

Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, F.C.E., México, 1949.

Oribe, Emilio, *El pensamiento vivo de Rodó*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1944

Oviedo, José Miguel, *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, Editorial Alianza, Madrid., 1991.

Ramos, Raimundo, *El ensayo político latinoamericano en la formación nacional*, ECAP,

México, 1981.

Real de Azúa, Carlos, “Prólogo” en Rodó, José Enrique, *Motivos de Proteo*, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1957

Rodó, José Enrique, *Obras Completas*, Editorial Antonio Zamora, Buenos Aires, 1948.

Rodríguez Monegal, Emilio, “Introducción” en Rodó, José Enrique, *Obras Completas*, Editorial Aguilar, Madrid, 1957.

Salomon Noel, “Cosmopolitanismo e internacionalismo desde 1880 hasta 1940”, en Zea, Leopoldo(coord.), *América Latina en sus ideas*, UNESCO, Siglo XXI, México, 1986, pp.172-200.

Sánchez,Luis Alberto, *Balance y liquidación del 900*, Editorial Arcilla, Santiago, 1941.

-----, *Nueva historia de la literatura americana*, Editorial Americalee, Buenos Aires, 1944

Varela, Juan, *Obras completas*, T.I, Editorial Aguilar, Madrid, 1942.

Vitier, Medrado, *Del ensayo americano*, F.C.E. México, 1945.

Weinberg, Liliana, “La identidad como traducción, itinerario del Calibán en el ensayo latinoamericano”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Universidad de Tel Aviv, Vol.5,n.1, 1994,pp.211-35,

Zum Felde, Alberto, *Proceso intelectual del Uruguay*, Editorial Claridad , Montevideo, 1941.